

LEYENDAS QUE ME CONTÓ PORMA

Vicente de Barrio

Junio 2017

Contenido

<i>LA BICHA DE MORAL DEL CONDADO</i>	2
<i>LOS TRUENOS</i>	3
<i>LAS SIRENAS</i>	4
<i>EL CUÉLEBRE</i>	5
<i>CARLOMAGNO</i>	6
<i>EL TOPO DE LA CATEDRAL</i>	7
<i>EL FANTASMA DEL PALACIO DE VEGAS DEL CONDADO</i>	8
<i>EL POZO DE VALDEPIELAGO</i>	9
<i>LA PÍCARA JUSTINA</i>	10
<i>EL LAGO DE CARUCEDO</i>	12
<i>VILLAFRANCA DEL BIERZO</i>	13
<i>GUZMÁN EL BUENO</i>	15

© Vicente de Barrio 2017. Reservados todos los derechos
Licencia Creative Commons: Atribución (BY) y No comercial (NC)



LA BICHA DE MORAL DEL CONDADO

Estamos a finales de los cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado. La guerra civil influía en la manera de ser y de actuar de la gente de una manera tremenda. Todos los supervivientes del desastre tenían claro que era lo que podían hacer y lo que no. Hablar más alto de lo debido de según qué temas, era una invitación al suicidio. La sociedad era una sociedad triste, acomplexada, desconfiada.

A las diez de la noche, como muy tarde, todos para casa, a rezar el rosario o a escuchar radio Pirenaica y para la cama, que el día venidero había que trabajar y sufrir, que para eso habéis nacido.

Moral es un pueblo de la ribera del Porma. La gente es muy trabajadora. Hay buen campo, fértil y agradecido que da a la gente para vivir bien.

Exceptuando en las fiestas patronales, dónde la gente tira la casa por la ventana en comida y en bebida, Moral es un pueblo aburrido.

Una noche de Junio algo sobresaltó al pueblo. Un ruido, un sonido único, nunca antes escuchado, sobrenatural, ronco.

Así todas las noches siguientes, una tras otra. Nadie dormía, nadie conseguía cerrar los ojos. Todos, en la cama, estaban intranquilos, desasosegados, viviendo sin vivir.

¿Qué podía ser aquel ruido?, ¿quién lo producía?

La Bicha. ¿Qué era la Bicha? Nadie la había visto, nadie siquiera la imaginaba. Algo horrendo, demoniaco. Quién así gritaba era hijo del diablo, habitante del mundo de los muertos. Tenía, según algunos, cola de serpiente y cabeza de burro. Otros pensaban que era un murciélago enorme, un vampiro, sediento de sangre. Los más creían haber visto un lobo enorme que reclamaba su comida. Nadie lo sabía a ciencia cierta. Estaban demasiado asustados como para salir a la calle a partir de la anochecida. Hasta que todo se acabó. Una noche el ruido cesó. Nunca más se oyó.

Después de un tiempo, uno del pueblo lo aclaró. Era él, desde el campanario, quién hacía cantar una regadera...

LOS TRUENOS

La voz de los dioses, la manera de la cual se sirven los reyes de los cielos para aclarar a los hombres quien manda.

Los dioses más importantes de todas las culturas eran los que mandaban en los relámpagos y en los truenos. Desde el Japón, pasando por la milenaria China, desde los Escitas hasta los Griegos, los Celtas, los Fineses, los Germanos, los Romanos, hasta nuestros Astures, desde los Mayas a los Incas, los Africanos o los aborígenes Australes, todos tenían en lo más alto del Partenón, a un Dios que mandaba sobre los rayos y los truenos, que no eran otra cosa que su voz y su ira hacia los mortales.

Además, todos tenían nombres preciosos en sus lenguas: Catequil, Coyopa, Lui-Sin, Ukko, Júpiter, Zeus, Emperador Amarillo, Raijin, Taranis, Thor..., según estuviéramos en el Perú, China, Finlandia, Roma, Grecia, Japón, Suecia o León.

Todos eran los amos del cotarro, se inmiscuían en los asuntos de los hombres sin cortarse un pelo, haciendo hijos a diestro y siniestro, dando golpes de estado es cualquier reino que no les obedeciese, o juntándose con otros dioses para preparar cualquier avería en el cielo. Querían ser temidos, era lo más importante, que les temiesen, que cuando sonaban en el cielo oscuro, incluso los guerreros más valientes buscasen refugio en cualquier cueva, aterrados por el sonido de su voz.

Incluso, más tarde, con la llegada de las religiones monoteístas, el Dios único, seguía comunicándose con los pobres mortales a

través del trueno. En el antiguo testamento, Moisés era llamado por Yahvé, con el sonido del trueno, y, en el Nuevo, las plagas de la Apocalipsis eran anunciadas por las trompetas de Dios, o sea, por los truenos de su voz.

El caso era asustar a los hombres, dejarles claro que el que mandaba era Dios, cualquier tipo de Dios, y que al oírlo deberían tener miedo, pánico a la fuerza omnipresente y omnipotente de su poder.

El hombre, cualquier hombre de cualquier lugar, de cualquier tiempo, tiene miedo a lo que no comprende. Y hasta hoy, en el tiempo de la tecnología, de los avances que hacen la vida más sencilla, el hombre no comprende al rayo, al trueno, al huracanado viento, al terremoto, fenómenos con los que la naturaleza, Dios, se comunica con nosotros y nos recuerda que somos muy poca cosa, un cero a la izquierda en el milagro de la creación.

En León, en el León Astur, el baranda era Taranis, Troneiro en el Bierzo. Vivía en las montañas que separaban a los Astures Cismontanos de los Transmontanos, y salía muy poco de su cueva, casi siempre en primavera y en verano, para recordarnos a todos que sus despertares eran chungos, irracionales.

Ningún leonés debería morir sin que le pillase una tormenta en cualquier lugar de nuestras montañas; en las hoces de Valdeteja, o en Caín, o en Ancares, o en Prioro. Entonces entenderíamos que es el poder, que es el miedo.

LAS SIRENAS

Seguramente Guillermo, abad del convento de los benitos en San Martín de Valdetuejar, al ser un hombre culto para aquella atribulada época, si sabía lo que eran las sirenas. Por eso, cuando convirtió a cuatro muchachas del pueblo en sirenas, como castigo por seducir varias noches a cuatro de sus novicios, sabía lo que hacía. Aunque quizás no.

El término Sirena ya existía en el griego clásico y provenía, seguramente de la palabra sánscrita Kimera, que significa lo que entendemos hoy en día: algo inalcanzable, por su perfección.

Ya en la época clásica se comenzaron a identificar con las Náyades y su canción era irresistible y llevaban a la perdición a los marineros que la escuchaban. Porque, aunque al principio eran mujeres con cabeza de pájaro, pronto se desarrolló la creencia de que eran, realmente, mujeres jóvenes con cola de pez.

Distintos relatos las hacen descender de los dioses fluviales Aqueloo o Forcis, por lo que la hazaña de Guillermo estaba muy bien traída, ya que, que se sepa, en San Martín no había mar sino río.

Guillermo convertiría a las muchachas en hermanas de Teles, la perfecta, de Parténame, la que tiene aroma de doncella, o de Ligeia,

inmortalizada por Poe en su cuento sobre la belleza mortal.

Guillermo haría a las muchachas compañeras de las que intentaron hacer naufragar a Jasón, el que fue a buscar el Vello de Oro a extrañas tierras y que no lo consiguieron porque Orfeo logró tapar su música con sus canciones, o de las que embelesaron a Ulises, el que vaga por la mar, y que tuvo el buen criterio de cerrar las orejas de sus compañeros con cera y así sólo él, atado al palo mayor, y por lo tanto imposibilitado para seguir el canto, tuvo la suerte de oír.

Guillermo, en cambio, sí consiguió que los lugareños que se acercaban al río por la noche, fuesen atraídos por su canto a las puertas de la muerte, donde serían recibidas por Escila y Carabdis.

Guillermo no sabía que había creado un mito, pero le daba lo mismo. Él lo único que pretendía era castigarlas por llevar a la perdición a sus novicios, sin darse cuenta lo que este hecho hizo sufrir a sus familias y a las familias que perdieron, guiados por su canto, alguno de sus hijos, demasiado curiosos para estarse quietos en el pueblo cuando oían en el río el mágico canto de las sirenas.

EL CUÉLEBRE

“Ya vienen los pastores de la Extremadura”, o “sin entenderse con nadie, en chino y en bable sobran las palabras, que las palabras se enredan y tornan oscuras las buenas ideas. Dicen que el cuélebre sólo habla en inglés”.

Como vemos, en la época moderna también hay cabida para los animales mitológicos, horrendos animales que sólo se sacian con la sangre de otros animales o de la de los humanos, sobre todo en épocas de escasez; enemigos acérrimos de los seres vivos, como los protagonistas de las peores pesadillas.

El cuélebre de Getino, era un mal bicho, insaciable, amén de vago y de maleante. Una primavera había comido a muchos de los animales de la gente de pueblo. Era sencillo, salía de la cueva y arramplaba con lo que más cerca tenía: vacas, terneros, cabras, caballos...

Y llegaron los pastores a pasar el verano. Venían de la seca Extremadura al frescor de la montaña leonesa y sus pastos. Traían un rebaño grande, pero en los prados de los valles había comida suficiente hasta que el otoño venciase y tuvieran que desandar los andado y volver al sur.

Cuando llegaron, no les recibieron con música y con bailes. El pueblo estaba callado y triste. Les dijeron que un monstruo, mitad dragón, mitad serpiente, habitaba en una cueva cercana y que, todos los días, cobraba el peaje de la comida.

Ellos, los pastores, tenían miedo de que zampase a sus ovejas.

Diego, uno de ellos, dijo: “Dejadme solo. Yo amansaré a la bestia”, como los toreros de postín, y, ordeñando a una oveja, subió la

cuesta hasta la cueva tocando su flauta. El cuélebre la oyó y salió a ver qué pasaba. Observó al pastor, al caldero y al blanco líquido. Bebió hasta hartarse y, cumplimentado el trámite de la subsistencia, volvió a su quehacer favorito: dormir.

Pasaron monótonos los días y los pastores tuvieron que marchar a buscar los pastos de invierno en el lejano sur. El pueblo quedó huérfano de su presencia, y de la del cuélebre, que se ocultó en su cueva para no salir hasta que los días se hiciesen más grandes y las flores comenzasen a poblar los campos.

Llegó la primavera y ocurrió lo mismo que el año anterior. El bicho salía a comer lo que pillase y los habitantes del pueblo volvieron a entristecerse, vacíos de ideas para que la bestia no acabase con toda su hacienda.

Hasta que llegaron los pastores. Inmediatamente fueron a buscar a Diego para que repitiera la experiencia del año pasado. Diego ordeñó a la oveja y subió tranquilo inundando el aire con las notas de su flauta. El cuélebre lo oyó y salió de su cueva dispuesto a cobrar su hambre. Pero he te aquí que vuelca el caldero. El monstruo, enojado y hambriento, se zampa de un bocado al pobre pastor, con flauta y todo. Pero Diego llevaba un cuchillo en su pantalón y éste provocó una herida en la garganta del cuélebre que le hizo morir. Estos seres, cuando fallecen, van a una especie de cementerio de elefantes, donde reposan sus almas toda la eternidad, sometidas a sufrimientos sin cuento. Este nuestro, el de Getino, en el tránsito, creó un reguero, una cascada que no se agota nunca, por los siglos de los siglos, amén.

CARLOMAGNO

Cuenta la leyenda que el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico anduvo por León. Vino con sus más fieles guerreros, encabezados por Roldán, el mítico héroe de las sagas francas que acabó muy malamente en esa de Roncesvalles, pero eso es otra historia.

Aquí, al extremo del mundo conocido, no se sabe muy bien a qué demonios vino Carlos. León no era, entonces, más que un pequeño poblado rodeado de hercúleas murallas romanas. Poco más. La capital del reino estaba en Oviedo y esto venía a ser una finca de recreo para los reyes astures. El Duero no estaba, ni mucho menos, consolidado como frontera segura y los árabes, dominadores de casi toda la península, asomaban demasiado la punta de sus lanzas como para andar tranquilos.

La tradición, seguramente equivocada, dice que, un día, en Aquisgrán, se le apareció Santiago, el apóstol de Cristo, y le informó que la ruta que llevaba hasta “el campo de la estrella”, dónde él estaba enterrado, estaba infectada de infieles y de bandidos, por lo que le sugirió que fuese a limpiarla. Luego, esta senda, fue conocida, por los siglos de los siglos, como “el camino francés”. Lo que ocurre es que las fechas no cuadran y es difícil de creer tal historia. Porque Carlomagno murió en el 814 y la estrella que avisaba del lugar donde estaba enterrado el hermano de Juan Evangelista, se descubrió un año antes, por lo que es fácil cuadrar los números.

El asunto es el rey franco y su séquito abandonó la Marca Hispánica y se fueron al oeste, a descubrir a aquellos locos que habían vencido a los hijos de Mahoma por vez primera desde la Égida.

Tuvieron suerte. Estos germánicos estaban, siempre, ansiosos por combatir. Si no tenían algún enemigo exterior con quien hacerlo, se pegaban entre ellos, que nada en este mundo hay más divertido que partirse la cara con el hermano o el primo de uno. Pero no. Aquella

vez no hizo falta buscar enemigos. Los encontraron en Sahagún, y eran morenos, con la tez aceitunada y el pelo oscuro como la noche. Los árabes, no se sabe a ciencia cierta el porqué, habían subido al norte a guerrear. Carlomagno era un caballero y Aigolando, el caudillo de los moros, también, por lo que llegaron al acuerdo que no se pelearían los ejércitos, sino que cien caballeros de cada cual librarían batalla. Ganaron los francos. Al rato, el moro dijo que quería la revancha. Otros cien contra cien. Volvieron a ganar Carlomagno y los suyos; y, así, un día tras otro.

Tenía el musulmán un mago muy ducho en las ciencias ocultas, sabio que había aprendido de los persas y de las tribus del desierto las artes para invocar a los gens, a los efit, a los espíritus del otro lado de la realidad, siempre poderosos, siempre invencibles.

El mago recitó las palabras pertinentes, las conjuras que debía hacer, y logró que las lanzas de los cristianos se convirtieran en árboles.

Arte diabólico es, dijo Carlos moviendo el mostacho, asombrado por la transformación que veían sus ojos. Aigolando, creyéndose en ventaja ante los cristianos, retó de nuevo a batallar, pero, esta vez, todos contra todos.

Los francos cortaron los árboles desde la raíz y se dispusieron a morir, porque, entre otras razones, eran muchos menos.

La batalla fue terrible, al pie del puente que cruza el Cea. Al final, por el ímpetu demostrado y, seguramente, con algo de ayuda divina, que siempre ocurría, los francos ganaron la batalla, dejando, eso sí, muchos héroes tendidos en la tierra.

Aún hoy, en el paraje que está al lado del Puente Canto, en Sahagún, vemos un hermoso plantío, viejo como los recuerdos de cada cual, y que nos cuenta, sin hablar, como los cristianos ganaron, a pesar de los engaños de los infieles, una cruenta y desigual querrela.

EL TOPO DE LA CATEDRAL

En el siglo XIII, León estaba de moda. El camino de Santiago, el camino francés, trajo a la ciudad los aires nuevos que estaban renovando la vida en Europa. Los francos, los germanos, los británicos, los italianos, iban a otra marcha, conocían los secretos de los antiguos y, sirviéndose de ellos, alababan al señor con obras preciosas. Construían catedrales hermosísimas de una manera nueva, donde la luz inundaba todo su cuerpo, donde la oscuridad del románico había sido superada. Había nacido el gótico.

En León había una cierta prosperidad económica. Las conquistas del reino en el sur, había traído nuevos bríos a la actividad comercial de la ciudad. Los mercaderes prosperaron y la iglesia, la poderosa iglesia, era el primer poder económico del reino.

Decidieron hacer una hermosa catedral. Iba a ser como la de Rennes, alta y lívida, con mucha luz y poca piedra.

Las obras iban a buen ritmo. Pero, una mañana, y así muchas mañanas, los obreros se dieron cuenta de que lo que hacían por el día, se desmoronaba por la noche.

El maligno, el enemigo de los hombres, estaba actuando. No sabían bajo qué forma, pero era claro que era él el que tiraba al suelo el trabajo de los obreros.

Unos valientes caballeros, por orden del Rey, hicieron guardia para ver lo que ocurría.

Hacía frío. Un manto oscuro lo envolvía todo. Por muy osado que se fuese, por mucha sangre fría que tuvieran, aquella noche tenían el cabello erizado y su estómago estaba lleno de mariposas que volaban hasta producirles dolor...; el dolor del miedo, de la incertidumbre de saber que algo malo iba a ocurrir, que algo horrendo iba a aparecer y que ellos, pobres mortales, se iban a sentir sin fuerzas para combatir.

Y sucedió. Apareció el maligno, feo, más negro que la oscuridad de la noche, con unos ojos, lo único visible, rojos, como inyectados de sangre, de odio, de rencor.

Los caballeros lucharon como pudieron, llenos, de pronto, de una energía inenarrable, con la fuerza que sólo da la desesperación o, como ellos creían en este caso, Dios.

Vencieron a la bestia. ¿Qué cómo era la bestia? Un topo, el ciego, el arquitecto del submundo.

Los caballeros, a la mañana siguiente, fueron recibidos como héroes por el Rey, por los clérigos, por el pueblo. Habían derrotado a las fuerzas del mal que no querían ver levantada una catedral que loaba al señor.

El topo fue desollado y su piel se clavó en la pared oeste de la seo para que todos, en todo tiempo, presente y futuro, vieses que el mal diabólico siempre es vencido.

EL FANTASMA DEL PALACIO DE VEGAS DEL CONDADO

Escribir sobre un fantasma que habita un palacio que no existe desde hace cincuenta años es difícil. Hace falta echarle mucha imaginación. Bueno, hace falta ser la imaginación en sí misma.

Porque todo ente, animado o inanimado, necesita un lugar donde reposar, donde holgar, donde razonar. Y éste, pobre, no lo tiene.

El palacio de Vegas del Condado era feo. No tenía nada de majestuoso, de hermoso, con torres del homenaje, foso protector o jardines versallescos. En su lugar, en el de los jardines, delante de la puerta principal, tenía unos cuantos chopos. El fin último de este palacio era servir al señor Conde de turno, los Torales, los Guzmanes, el de Superunda..., chacales que sangraron a los habitantes del pueblo año tras año, siglo tras siglo, y cazaban, pescaban, ejecutaban el derecho de pernada cuando la moza era guapetona.

Uno de los condes, allá por el siglo XVI, tuvo un mayordomo que le cuidaba el palacio cuando estaba en León o en Madrid. Era un buen hombre, celoso de su trabajo, guardián de los intereses condales como si fueran los suyos. Un día entre los días, un aldeano acudió a hablar con él. Quería pedir árnica en el pago de unas rentas. La cosecha no había sido buena y casi no tenía con que mantener a su familia, numerosa familia. El buen hombre escuchó al labriego, le comprendió y le dijo que cuando viniera el señor, le llamaría para que hablase con él y que no se preocupara, que intercedería en su favor.

Llegó el señor a descansar en el palacio. Su ayudante le contó la historia del pedigüeño y el señor, duro de corazón, le dijo que no, que debía pagar a tiempo la renta y que se dejase de zarandajas.

Acudió el labriego acompañado de su familia, para ver si, al ver a los chicos flacos como flautas, el Conde se ablandaba. Tenía cinco hijos, dos chicos y tres chicas. La mayor, Ana,

era en verdad una guapa mujer de dieciocho años.

El conde se puso cachondo al verla y quiso conseguirla. Así, le comunicó al labrador que le perdonaba la deuda si su hija entraba a su servicio como doncella.

Ocurrió lo que tenía que suceder. El cruel señor tomó la virginidad de la moza y luego se olvidó de ella y de las promesas que hizo a su padre.

Juan, el mayordomo, estaba enojado ante tamaña villanía y tomó el trabajo de proteger a Ana y a su familia. Tanto que se enamoró de la chica.

Pasó el tiempo y Ana y Juan eran felices, pero la dicha, para los pobres, es efímera y así, cuando el conde regresó y vio lo que sucedía, se engalló y sintió celos. Conseguir a Ana era sencillo: una amenaza, un nuevo impuesto y ya estaba.

Juan enfermó y la salud salió de su cuerpo. A las puertas de la muerte, triste y abatido, lanzó una maldición al conde y a sus descendientes: el estaría vigilante y reiría cuando la tristeza y la ruina ocupasen lo que era, entonces, alegría y opulencia.

Noche tras noche Juan vagaba por el palacio. Cuando entraba en una habitación, un frío polar la invadía. Cuando lloraba de pena, sus lágrimas se helaban y quedaban solidificadas en los cristales de las ventanas. Cuando reía, todos los habitantes del palacio y los de la cercana plaza abrían los ojos y no podían cerrarlos en toda la noche.

Juan penaba penas de amor, las más difíciles de dominar.

Pasaron los siglos y un buen día alguien decidió que el palacio debía ser derribado para construir, en su solar, un cuartel de la Guardia Civil.

Juan, cuando estalló la dinamita y todo voló, acarició su barba, cerró los ojos, y pensó en descansar para toda la eternidad.

EL POZO DE VALDEPIELAGO

Otra que comienza con una canción, esta infantil: “Un gato se cayó a un pozo, las tripas le hicieron gua: arre moto chiti pototo, arre moto chiti pa”.

No sé sabe con seguridad si al pozo de Valdepiélago se ha caído un gato alguna vez y no ha salido. Lo más cabal es que sí. Así que el pobre gato, en el trance de la muerte, sin que le quede ninguna otra vida por negociar, tuvo la suerte de ver a las truchas y a los barbos, a las ninfas y a las sirenas que habitan las aguas del río Curueño, cuando descansa de la fatigosa travesía de las hoces y se hace hondo y tranquilo debajo del puente medieval, hermoso, muy hermoso, que junta las dos mitades del pueblo.

Según el diccionario de la Real Academia de la lengua española, piélago es la parte del mar que dista mucho de la tierra, en su primera acepción. En la segunda es, sencillamente, la mar. La tercera nos indica que es una balsa, un estanque, y en la cuarta, lo que por su abundancia y copia es difícil de enumerar y contar.

Es evidente que, en este caso, habremos de ceñirnos a las dos últimas.

El Curueño, a estas alturas de su cauce, se ha vuelto tranquilo. Espera reposar de su corta juventud y lo hace aquí mejor que en ningún otro sitio.

Una vez, cuando el mundo era nuevo y las hadas, los elfos y los gens compartían su vida con los hombres, un hada se encaprichó de un pobre mortal que vivía en este paraje. Fueron

felices, aunque aquellos amores no estaban bien vistos, sobre todo por el padre del hada, que quería ver a su hija casada con el hijo de un poderoso mago que vivía cerca. Ella, sin embargo, no le hizo caso y siguió igual de enamorada que siempre del hombre.

Pasó el tiempo y el hombre se hizo viejo, mientras que ella seguía igual que siempre de guapa, de coqueta, de galana. Los años no pasan con la misma velocidad en el mundo real y el mundo de los sueños. En estos, es todo más despacio, más cansino. Por eso él era viejo y ella joven.

Una tarde él salió a pasear por la orilla del río. Hacía calor y estaba cansado. Se sentó en una piedra y escuchó el rumor del agua, el silbido del viento y el canto de los pájaros. Se adormiló y no se dio cuenta de que estaba resbalando de la piedra para caer en el agua. Se ahogó en unos instantes. Su mujer, el hada, preocupada por su ausencia, se acercó al río y vio a su hombre rendido, flotando en el agua. Se desesperó, llamó a su todopoderoso padre, a sus amigos los genios; lloró, imploró, suplicó... Todo en vano.

No volvió nunca más al lugar, sólo aquella vez. La ira es un furor breve, y acometida de él, el hada lanzó una maldición y se produjo un socavón, justo donde se había ahogado su amado, que, poco a poco, se llenó de agua y formó el piélago.

Descansen en paz el amado muerto y la amada solitaria.

LA PÍCARA JUSTINA

Aunque en la historia moderna, en la actual, la mujer ha conquistado un lugar bajo el sol y se equipara y, en muchos casos, supera al hombre, no siempre ha sido así.

Desgraciadamente para ellas, desde tiempo inmemorial, las posibilidades de igualdad nunca sucedieron. En Grecia, en Roma, en China o en Cipango, la mujer paría, cocinaba, zurcía, cuidaba de los hijos, en todos los sentidos, y poco más. No tenían derecho a casi nada; solo a trabajar y a morir.

En España, en la Edad Media, su situación no era mejor que en otros lugares. La fiebre de la reconquista había prendido en el corazón de todos los cristianos y su mayor deseo era morir en nombre del que había sido crucificado para limpiar nuestros pecados.

En León ocurría lo mismo, en cada casa, en cada barrio de la ciudad, en cada pueblo.

En Arintero vivía un buen hombre al que Dios solo le concedió hijas. Aunque la pena le embargaba el corazón, se había acostumbrado y las quería.

Una de ellas, la pequeña, era guapa, ágil, fuerte, acometía los trabajos de la casa y del campo como un hombre. En los juegos con los demás niños, vencía siempre en las carreras, en los bolos, en la lucha.

Un buen día le dijo a su padre que iría a combatir, y a morir si llegara el caso, con las huestes del Rey contra los árabes invasores.

El padre lloró, imploró y rogó, pero sabía que era en vano. Esa chica era muy cabezota, muy necia, como se dice por las montañas. Así que, desconsolado, pero orgulloso, la dio su bendición y la dejó partir.

La chica se había cortado el cabello, a lo garçon, como se dice ahora, y talmente parecía un mozo hermoso, con ojos enormes para verlo todo con ansia e inflamados de temeridad, que es virtud que nace del corazón y no del cerebro.

La chica, la moza, no defraudó a sus antepasados ni a ella misma. Era la primera en entrar al combate y la última en abandonarlo. Era la más osada, la más valiente, la que siempre se ofrecía para las misiones más peligrosas y la que siempre volvía con una sonrisa de orgullo en sus labios.

Un día hacía calor, mucho calor. Ella estaba ardiendo, por lo que se acercó a un reguero que estaba cerca del campamento cristiano para darse un baño.

Cuando estaba refrescándose, un soldado tuvo la misma idea que ella y bajo al agua. Lo que vio le dejó atónito. Era una mujer, una maravillosa mujer con todos los atributos propios de las mujeres.

Gritó. El capitán de la hueste acudió y observó lo que tenía que observar y casi se le cae la boca del susto.

La chica fue detenida y llevada ante el Rey. Enojado, la preguntó quién era y de donde venía y porqué, siendo hembra, combatía como un hombre.

Ella se explicó lo mejor que pudo. Su capitán, un Alatraste cualquiera, intercedió por ella, en nombre de su arrojo y de su valor sin cuento. El Rey, magnánimo, la dijo que no podía perdonarla sin más, pero que la permitía, con un día de ventaja, huir de sus más valientes hombres y, si conseguía llegar a su casa, a su hogar, sería perdonada, admitida en la nobleza real, con diezmos propios sobre su comarca.

Ella montó en su caballo y, veloz como el viento, corrió hacia las montañas. Estaba segura de llegar antes que nadie porque era la más diestra amazona que el mundo viera desde que es mundo.

Cuando estaba a menos de cuatro leguas de su casa, en la Cándana, que significa en el idioma antiguo, la fuente, bajó del caballo, bebió la cristalina agua y escuchó gritos y risas en la plazoleta cercana. Estaban jugando a los bolos. No pudo, porque ella era así, reprimirse y se acercó. Estuvo jugando toda la tarde con los mozos y se le hizo de noche. Se quedó a dormir en aquel pueblo y a la mañana

siguiente, fue presa por sus perseguidores y, sin más cuentos ni juicios, muerta.

Aquí acaba la historia de la Dama de Arintero, soldado valeroso, intrépida espadachín, valiente entre los valientes cristianos que lucharon contra los infieles para reconquistar una tierra que era suya. O por lo menos eso pensaba.

EL LAGO DE CARUCEDO

Allá donde el Sil entra en la céltica Galicia, allá donde se pone el sol, hace muchas, muchas lunas vivía la tribu astur de los Orniaci.

Eran gente austera, acostumbrada a las penurias de la tierra. Vivían del campo, pobre campo, en un régimen de comunismo prehistórico. Todo era de todos, todos poseían lo mismo, todos compartían todo.

Este pueblo habitaba al lado de un paraje que los romanos, dominadores a estas alturas de todas las tribus astures, no tardaron en descubrir. Desde Cacabelos, capital romana de facto de la zona, no se tardaba mucho. Aparecieron por el poblado y se dieron cuenta de que había mucho oro.

Carisio era el general que mandaba a las tropas romanas. Había vencido a los más recalcitrantes de los astures, aquellos que habitaban la ciudad de Lancia. Ahora estaba al mando de las tropas que vigilaban las minas.

El jefe de los astures era Merilio. Se llevaron bien desde el principio. Ambos estaban acostumbrados a negociar, a hablar, a tratar de limar asperezas.

El romano pasó muchas horas en el hogar del jefe, a la vera de la lumbre, conversando. Aquel le contaba cosas de Roma, de la ciudad a la que todos los caminos conducen, a la capital del mundo. Le habló del Coliseo, de las termas, de las grandes plazas, de los templos de los dioses. El astur, le contaba cómo vivían, como competían con el resto de las tribus en los juegos, como criaban a sus hijos.

Un día entre los días, Carisio descubrió una cara tan hermosa como la de la luna en el decimocuarto día. Era la hija del jefe.

Quedó, en seguida, prendado de ella y como era hombre acostumbrado a tomar lo que pretendía pronto, sin esperas, asedió a la muchacha con zalemas, regalos y cortesías.

Ella, aunque joven, tenía el alma atemperada y le fue rechazando hasta que, un día entre los días, accedió a los ruegos del romano y sucedió lo que tenía que suceder.

El legado, olvidando las promesas hechas, pronto olvido a la muchacha y marchó hacia lejanas tierras a conquistar pueblos, dominar sublevaciones y enamorar nuevas doncellas.

La moza se quedó sola, atormentada por el dolor de la traición, por la maldición eterna de una soledad no deseada.

Lloró y lloró hasta consumirse; pero sus lágrimas no se perdieron en la fría tierra: hicieron nacer, de la nada, el Lago de Carucedo.

Nota del autor: Casi todas las fuentes en las que ha bebido el autor para escribir este cuento, afirman que la hija del jefe era una náyade que se llamaba Corisia. Me parece una vulgaridad y, por lo tanto, he decidido no ponerle nombre. Aun admitiendo que fuese una criatura acuática, es imposible que se llamase como el tipo que la engatusó. Ahí se demuestra que denostada está la mujer en la historia...

VILLAFRANCA DEL BIERZO

Villafranca existe desde la protohistoria. Los hombres construían sus poblados al lado del agua benefactora, y, aquí, confluyen dos ríos: el Burbia y el Valcárcel.

Luego, al correr del tiempo, fue territorio Astur, y después romano. Los suevos y los vándalos también bebieron agua, compartieron tristezas y gozaron alegrías en este trozo de tierra.

Pero Villafranca adquiere importancia cuando se descubre en el 813 la tumba de Santiago el Mayor, hermano de Juan, apóstoles de Cristo, en la lejana Compostela, campo de la estrella. Este suceso cambió radicalmente la historia de España. Miles y miles de hombres y de mujeres recorrían enormes distancias para postrarse ante la tumba del apóstol cercano a Jesús y así poder redimir sus pecados. Seguramente, además de hombres con esta piadosa misión, en el camino se juntaron aventureros, desheredados de la vida, muertos en vida, fantasmas en busca de autor. Toda Europa siguió a la estrella que llevaba a lo más alejado del mundo conocido, allí donde se decía que no hay más allá.

Algunos no llegaban. Les podía la muerte o les vencía el cansancio. Muchos se quedaron y fundaron burgos. Así nació la Villafranca moderna. Los francos, feroces guerreros, irreductible pueblo, lleno de orgullo y de miseria, se quedaron a vivir entre las riberas del Burbia y del Valcárcel.

Durante mucho tiempo en la nueva Villafranca había dos alcaldes: uno para los nativos, los judíos, mozárabes y aventureros varios, y otro para los francos.

Villafranca está llena de iglesias, de casonas con escudo, de palacios solariegos; tiene un castillo, imponente castillo, conventos de las claras, de los benitos, de los negros del cister y, claro, casas humildes de humildes menestrales.

Y tabernas y bodegas.

Aquí hablaremos de ellas, del mito de las tabernas de Villafranca.

Las cepas viejas del joven y maravilloso mencía, hicieron que nacieran las tabernas.

Uno recuerda los versos de la famosa poesía, La Cena, de Baltasar de Alcázar, cuando dice:

*“Si es o no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé.
Pero afortunada fue la invención
De la taberna”.*

En cualquier caso, entre la colegiata y las curvas del hotel Comercio, con fecha de nacimiento cifrada allá por el 1700 y pico, al lado de los conventos, de las casas blasonadas, propiedad de los más nobles habitantes de la villa, en la calle del Agua, surgieron los abrevaderos de los hombres, los lugares tranquilos que tranquilizan el espíritu.

Avisaban, antaño, de que se vendía vino con un trapo rojo clavado en la puerta. ¿Dónde se podrá encontrar, en todo el ancho mundo, un sistema de avisos tan cabal?

Pareciera que fuera la bandera de cualquier bajel que llaman, por su bravura “El Temido”, y es de sobra conocido del uno al otro confín, buscando lo que siempre han buscado los hombres: la libertad.

Las tabernas de la calle del Agua son barcos donde los peregrinos, los viajeros de todo tiempo y circunstancia, han buscado la singladura de la aventura, llevados por ese soplo de viento libertario que anima y alegra la vida.

Es, realmente, un céfiro, un agradable amigo que limpia las legañas de los ojos sin hacer daño, que nunca maltrata el rostro, castigando la piel y haciendo duro el rictus de la boca.

La calle del Agua, en Villafranca, es una bendición de Dios, de aquel Dios al que los villafranquinos, por el mayo florido, alaban disfrazándose de árboles, los que tienen verdes y frondosas ramas, o aquel otro Dios al que rezan, paseando por la Alameda, los pasos barrocos que cuentan, como en un cuento animado, los últimos días de la vida

de Cristo, entre rosas y mirtos que comienzan a enrojecer después del crudo invierno, saludando a la primavera de renacida vida.

Villafranca y el vino; Villafranca y sus bodegas, un regalo del destino contra el que no podemos luchar porque lo tenemos grabado, desde que nacemos, en la frente.

GUZMÁN EL BUENO

Es imposible ser más cruel, más inhumano, más miserable que este héroe leonés.

Dar el puñal con el que se terminará la vida de tu hijo no lo hacen ni los animales más irracionales de la creación. Él lo hizo. Y se quedó tan ancho. Y lo hizo en nombre de quiméricos ideales, lealtad, valor, honor, que eran mentiras, vacuidades que ocultaban sus verdaderos motivos: riqueza, ambición...

En cualquier caso, Guzmán no siempre fue así. Aunque era hijo bastardo, tuvo, de niño, una buena vida. Su padre era rico, dueño de un montón de tierras en Andalucía.

Vivió en León e iría a clase con los curas de San Isidoro o con los de San Martín. Aprendió lo latines y los números. Era un privilegiado para aquella época maldita.

Leyó las hazañas de Aquiles y de Ulises, de Alejandro y de Julio y le prendió esa llama en el espíritu que hace que los hombres se crean capaces de conquistar países, llevar a su cama las más hermosas doncellas, mandar sobre un gran número de hombres: el poder.

Por eso tampoco descuidó la lucha, la doma y monta de los más briosos corceles, los lances a espada o lanza con encarnizados enemigos.

Siendo poco más que un adolescente, ya le tenemos guerreando contra los infieles en el sur, a las órdenes del Señor de Vizcaya, el más leal y hábil de los guerreros cristianos.

Don Diego le enseñaría lo que le faltaba en su bagaje de campaña: el valor, el compromiso, el afán de victoria.

Pronto se hizo un nombre entre las huestes del rey católico. Pronto adquirió responsabilidades, pronto su nombre era temido por el enemigo infiel.

Sus conquistas, en el sur musulmán, eran grandes. Adquirió fama y tierras. Cádiz, la provincia de Cádiz, era suya en gran medida. Los terrenos de la laguna de la Janda, allí donde el moro venció en la primera batalla a aquel Don Rodrigo traidor, sabían de su furor, de su inacabable ansia de poder.

Vendió al rey cristiano, acudió, como un mercenario cualquiera, a servir al moro marroquí, adquirió más dinero, más tierras.

Volvió con el rey de Castilla, que le casó con una rica heredera que le dio cinco hijos. Siguió vendiendo su espada al que más pagase. Dura vida la de aquel al que la ambición nubla todos sus deseos.

El moro cerca Tarifa. Él la defiende. Un hijo, el segundo de los suyos, cae en manos de los infieles.

La escena tuvo que ser trágica. El sitiador acude a las murallas del pueblo con el hijo del sitiado.

- *Rinde la plaza, sumí, si no he de matar a tu hijo.*
- *Toma mi puñal y hazlo. Nunca me rendiré.*

Por este acto sin nombre, pasó Guzmán a la historia, como símbolo de..., crueldad.